



Sopesar el río a vasos de agua

Dubin, Mariano (2011): *Bardo*. La Plata, PIXEL Editora, pp. 56.

Paula Tomassoni*

I- La poesía es bardo

Bardo es un cierre. Es el libro de poemas con el que Mariano Dubin completa la trilogía integrada también por *Con los pasos de la mala vida* (2006) y *La razón de mi lima* (2009). Su autor lo presenta en el epílogo (*Post data*) como un “hasta acá”. Me permito poner en discusión aquello, o la naturaleza de aquello que pueda pensarse como una clausura a partir de esa expresión. *Bardo* no es cierre, pero cerrar es *bardo*, diría yo.

La producción de Dubin forma parte de un proyecto que excede por mucho a estos libros. Los postulados que sus poemas instalan como verdades de combate, provocativas, pueden encontrarse también en sus narraciones, ensayos, textos académicos, en las intervenciones de sus recitados o entrevistas. La línea ideológica que se propone es clara y precede a los escritos, a la vez que se construye en el entretejido de la forma que se ofrece. Es decir, el proyecto promueve la literatura pero no la limita ni se limita a ella: se constituye en el germen de un modo del decir, de una estrategia para “encordar” en sus “letras” la tierra, sus hombres, su historia.

¿Cómo podría, entonces, el último libro de una trilogía dar por cerrado un proyecto ideológico? ¿Qué es, en todo caso, lo que *Bardo* está cerrando? Pensando un corpus de poemarios argentinos de fines de la década del

* Paula Tomassoni es Profesora en Letras y está terminando la Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP en el área de Literatura Argentina. Se desempeña como docente en Escuelas de Educación Media de la Provincia de Buenos Aires, en el Colegio Nacional Rafael Hernández y en el IUNA. Formó parte del equipo del Programa Provincial de Lectura en la Escuela (2009-2011) dirigido por Miguel Dalmaroni. Actualmente dicta cursos de Capacitación Docente en CePA. Escribe Reseñas para el sitio www.bazaramericano.com, dirigido por Ana Porrúa y Osvaldo Aguirre.

pautomassoni@gmail.com

noventa, Ana Porrúa propone la categoría “campos de prueba”. Explica que los libros seleccionados “no se plantean como reunión de poemas a partir de un tema o una cronología personal, sino como artefactos que exponen su momento constructivo a la vez que dan cuenta de un alto grado de conciencia de los materiales (...)” (Porrúa, 2011: 210). También pueden pensarse los poemas de Dubin como “campos de prueba” y esa conciencia es en la trilogía un principio de síntesis, una ideología, un proyecto literario.

La obra de Dubin y el lugar que él como autor ocupa dentro del campo intelectual sintetizan la dualidad de la que supone partir: en la calle, la tierra, el barrio, laten verdades que son explicadas por los intelectuales y la universidad desoyendo y aun renegando de esos latidos. En el texto *O* de *La Razón de mi Lima* el autor habla de “los intelectuales” y “los universitarios” como de aquellos responsables de la valoración de la imagen de la Argentina en tanto europea, occidental, distinta de todo aquello que verdaderamente es, y que remite a su origen. Sin embargo, Dubin es intelectual y universitario: podemos escucharlo leer una ponencia en un congreso académico tanto como recitar un poema en un club para un público entusiasta y algo bebido. No estoy proponiendo ver en ello una contradicción, sino una síntesis: en todos esos casos, el autor estará hablando del barrio.

“Cada clase social”, dice Juan Carlos Portantiero, “va creando, en el curso de la lucha por la hegemonía de la sociedad política, los intelectuales que le asegurarán el control de la sociedad civil” (Portantiero, 2011: 37). Este proceso puede observarse en todas las sociedades, ya que los cambios estructurales de las mismas son siempre el resultado de la pugna entre las elites y las clases populares. El intelectual, entonces, asumirá y legitimará con sus trabajos su pertenencia de clase. Ahora bien, en el caso de muchos intelectuales marxistas, el proceso es más complejo porque deben divorciarse de su clase de origen para escribir defendiendo los derechos del proletariado, al que no pertenecen. Deben, en términos de Portantiero, “acometer un largo proceso de silenciosa autocrítica hasta lograr despojarse de los hábitos de pensamiento y las cristalizaciones ideológicas condicionadas por las corrientes culturales en las que se formaron” (Portantiero, 2011: 37). Este proceso existe y aún es explicitado por Dubin en sus textos: “Las cosas que pienso no siempre las he pensado” (Dubin; 2009: 9). Dubin representa un tipo de intelectual que busca verdades ya no en bibliotecas, librerías y universidades, sino poniendo el ojo, el oído y el cuerpo a la tierra que pisa y la gente que la habita:

Queriendo sopesar el río a vasos de agua indagué la verdad en bibliotecas, librerías, universidades. No alcancé, sin embargo, ni la fe de los que ponen marcapasos a los muertos ni la pasión de los eunucos por su pene castrado (Dubin, 2009:9).

Todas las voces de la gente del mundo que el poeta camina están en estos versos. Como poeta, Dubin es la imagen de la constante tensión (de clase) entre los relatos que explican Argentina y América. “En sustancia el poeta es un bardo” (Dubin, 2011: 54).

Juan Bautista Duizeide, en el prólogo al poemario, describe las voces que intervienen en los poemas en términos bélicos: “No hay fusión entre esos vocabularios, hay puro choque”. El collage de expresiones que componen los textos recorren territorio y tiempo, se conjugan en esas batallas términos de clase pero también de época. Y con cada uno de ellos, se sabe, el mundo que les da origen. Quevedo, el Cid Campeador, Marcial, Catulo, se estrechan con borrachos, gauchos, botelleros. La verdad que Dubin confiesa haber buscado alguna vez en los libros se presenta en aquellas experiencias que la erudición desdeña: el barrio, el campo, los indios, los negros, los modos del habla popular a los que la escuela combate. Es así como aparecen, en el mismo cuadro, las voces del gaucho, los “guachos”, las “trolas”, los “villeros”, con citas de Melville o alusiones a la Comedia dantesca.

Existe en la historia de la literatura argentina una larga tradición que ha intentado, con distintos propósitos, hacerse dueña de “otras voces”. La gauchesca es un género que desborda de ejemplos. También el escritor del gaucho debía asumir la ruptura con su clase de origen para dar voz a sus personajes. Cuando eso no sucede, la voz hegemónica del autor explica la del personaje y el resultado es otro. Dubin asume su voz y su nombre aparece en varios poemas, pero no es más que otra pincelada del collage; no hay un predominio de la palabra del autor ni funciona ésta como un filtro para la expresión de los otros. Este enfrentamiento al que aludía Duizeide, estas batallas, son la materia (y su conciencia), la estopa que construye los textos. En ese ring se define el proyecto ideológico de esta literatura.

Tal vez “Santa Fe esquina Cerrito” sea el poema de *Bardo* que grafique con más claridad estas cuestiones. La geografía de la imagen que propone el contraste entre el abuelo, el criollo, los pobres, la fábrica, el indio, por un lado, y los gringos, las blancas estiradas, los bolsillos llenos de moneditas de oro, los turistas, las cámaras fotográficas, por otro, sostiene la eficacia de su síntesis. El poeta asume la voz que expresa, con bronca, la diferencia ilustrada y la actitud con la que el criollo la vive. La voz del personaje que pide una moneda es la

única que aparece entrecomillada, es la que marca el extrañamiento, que encarna el impacto del choque. El resto del poema va hilvanando el habla del poeta que recupera las verdades que aprendió en el campo (“los criollos no lloran”) junto con aquello que el campo es, que el pobre es, que el indio, el negro, son: monte, vizcacha, peludo, hambre, guiso, cartones, colillas, cigarrillos sueltos, el viento en la cara, mugre, ranchos, coplas, zanjas abiertas, panzas pobres. En ese cruce que es, además, el de dos calles principales del microcentro porteño, el poema construye su sentido y puede ser pensado escalonadamente: una esquina, el choque de identidades, un combate literario.

¿A qué responde, entonces, el “hasta acá” del epílogo? Probemos una lista: la búsqueda de la verdad no puede clausurarse, tampoco la lucha ideológica si es genuina, es muy joven el autor para pensar que cierra su proyecto literario. Tal vez el “hasta acá” pueda pensarse en términos de posta, de punto en la vía, de alto en el camino. El chequeo, la evaluación de los “campos de prueba”. La culminación del primer paso de una obra, de un recorrido, de un itinerario que se desplegará en nuevas propuestas que, que lo sepa el autor, quedamos esperando.

II- Aulas borderas

En consonancia con su propuesta, *Bardo* tuvo su presentación en una escuela de barrio. El pasado 29 de junio recibimos a Mariano Dubin en la EEM N°12. Muchos de los chicos y chicas ya lo conocían por haber participado el año pasado del “Encuentro con poetas en la escuela”. Este evento surgió de la curiosidad que sentíamos algunos colegas a propósito de la disonancia que nos producía el rechazo que muchos alumnos manifestaban ante la propuesta de “leer poesía” y las lecturas permanentes que hacían de textos que comparten sus mismas características (canciones, poemas de amor, fragmentos que copian en facebook, etc.).

Junto a Laura Galeano y Crisólogo Bonavita Apestegui, profesores de Literatura de la Escuela Media N° 12, organizamos un evento en el que pretendimos que la discusión sobre poesía se diera, dentro de la escuela, del modo menos “escolar” posible. Todos los profesores de literatura podían participar con sus alumnos con una sola condición: la propuesta era siempre para el curso entero, no estaba pensada ni para “los que les gusta leer”, ni para los “buenos alumnos”, ya que precisamente el sentido del proyecto era ofrecer una experiencia distinta de lectura de poesía a una población que, en general, se siente ajena a esas vivencias. La dinámica del trabajo comenzaba en el aula, en primer lugar, presentando la propuesta. Muchos de los chicos confesaban no

leer poesía porque les parecía “curso”, “cosa de chicas”, “aburrida”, “que hablaba del amor”. Pero por otro lado, repetían las letras de los temas que sonaban en sus mp3.

El paso siguiente fue leer: armamos una antología heterogénea y provocadora, en la que incluimos poemas de los autores que nos iban a visitar. Después de ese trabajo, se llevaron a cabo los seis encuentros: a cada uno vinieron dos o tres poetas y, a partir de las preguntas que habían surgido en el aula cuando las lecturas, se los interpeló e invitó a conversar sobre el quehacer de escribir poesía. Cada tanto, la charla era interrumpida para la lectura de un poema. Al finalizar los encuentros, los poetas leían textos de su autoría y de otros autores, que habían llevado para compartir.

Entre los textos propuestos estaba *La razón de mi Lima*, de Mariano Dubin. La experiencia con su lectura fue, me animo a decirlo, asombrosa. El día del encuentro, después de haber compartido dos horas con el autor y con José María Pallaoro, Dubin leyó “La vuelta de Obligado”. Los chicos se pararon para aplaudirlo. Se apropiaron del encuentro con sus códigos: de pronto, el evento poético había tomado los modos del recital. Al finalizar la lectura y los aplausos, intenté despedir a los alumnos pero una chica me detuvo y le pidió al autor que leyera “Basta de negros”. El poema había sido leído más de una vez en cada curso, pero los alumnos pedían que fuera el autor, en el que reconocen un modo particular de recitar, quien lo leyera. Basta de covers. Los chicos reconocieron descubrir en la propuesta la legitimación de sus propios modos del lenguaje, despreciados y combatidos por la escuela, pero elegidos por el poeta como materia de su obra.

Otra postal menos feliz arriba a la misma conclusión, de manera diferente. En el marco de las capacitaciones ofrecidas en la provincia de Buenos Aires por el Programa Provincial de Lectura en la Escuela, a fines del año 2011, leí ante un grupo de profesores “La vuelta de Obligado”. Dos colegas se levantaron ofendidas porque la propuesta de capacitación incluyera textos con ese vocabulario. Se indignaron, además, de que un poema de esas características pudiera ser leído en el aula, argumentando que es un texto que “no enseña nada”, ya que los alumnos “ya saben hablar así”. Mientras eso sucedía, otros profesores copiaban la dirección del blog adonde ir a buscar éste y otros poemas similares. La literatura, entonces, capaz de provocar irritantes indignaciones y al mismo tiempo aplausos rabiosos, recupera en el aula su condición de “cross de mandíbula” arltiana y con ella, su sentido, su significado.

Por lo tanto, también en el marco de la enseñanza de literatura la trilogía de Dubin se propone en tanto discusión ideológico-literaria. ¿Qué literatura puede entrar al aula? ¿Qué literatura entra? ¿De la mano de quién? ¿Leer para qué? Los aplausos de pie de los chicos de “la 12” al cierre de “Santa Fe esquina Cerrito”, el último 29 de junio, al igual que había sucedido el año anterior con “Basta de negros”, me llevan a la respuesta.

Bibliografía

Dubin, Mariano (2006): *Con los pasos de la mala vida*, La Plata, Pixel Editora.

Dubin, Mariano (2009): *La razón de mi lima*, La Plata, Pixel Editora.

Dubin, Mariano (2011): *Bardo*, La Plata, Pixel Editora.

Porrúa, Ana (2011): "Campos de prueba". *Caligrafía tonal. Ensayos sobre poesía*, Buenos Aires, Entropía.

Portantiero, Juan Carlos (2011): "Literatura y sociedad. El nexo intelectuales-sociedad". *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires, Eudeba-Universidad de Buenos Aires.